EN LA CONMEMORACIÓN DE LOS DIEZ AÑOS DEL ACUERDO NACIONAL

CARDENAL JUAN FRANCISCO FRESNO L.[1]

Ante todo deseo dar gracias a Dios -que es Padre de creyentes y no creyentes- por habernos dado la oportunidad de reunirnos hoy aquí, diez años después de la firma del "Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia", para conmemorar aquel acto y para destacar su importancia en la evolución social y política de nuestra Patria.

Después de agradecer al Señor, quiero agradecer también a la "Corporación Justicia y Democracia", por haberme invitado a decir unas palabras iniciales en esta ceremonia conmemorativa de estos diez años.

Al verlos a Uds. aquí revivo las dudas e inquietudes de entonces. Recuerdo los momentos esperanzadores que vivimos, y aquellos otros que nos daban preocupación. Rememoro las muchas palabras de aliento, pero también las otras de franca desaprobación.

---

[1]. Arzobispo de Santiago desde Mayo de 1983 hasta Marzo de 1990. Cardenal de la Iglesia Católica a partir de Mayo de 1985.

Como Pastor sentía la responsabilidad de buscar caminos de encuentro, dolido de ver la comunidad nacional tan desunida como era la nuestra entonces, y de obtener la unánime aprobación del esfuerzo que se hacía por conducirla hacia el entendimiento, hacia la búsqueda conjunta de nuevos caminos en que primara lo que unía sobre lo que enfrentaba.

Por eso clamé al Señor desde lo más íntimo de mi alma, estando seguro que El me ayudaría, con sabiduría y prudencia, para saber dar los pasos que nos llevaran a obtener el éxito deseado.

Ví claramente que mi papel, entonces, consistía en empujar hacia el entendimiento a un grupo de hombres de buena voluntad, aunque de muy diversas maneras de pensar y de sentir. Comprendí que no me correspondía ser enérgico, pero tampoco podía ser blando.

Mientras viva, nunca dejaré de agradecer el afecto y la buena disposición con que todos los participantes en el Acuerdo Nacional acogieron ese llamado y, renunciando a sus propias rigideces y recelos, intentaron comprender y buscaron ser comprendidos. Una vez más le hago llegar a cada uno de ellos mi agradecimiento y les reitero mi gran aprecio por esa jornada, tan positiva, que recorrimos juntos. Sólo uno de los firmantes del Acuerdo Nacional -Fernando Maturana- ha sido llamado por el Señor en esta década. Quiero, hoy y aquí, recordarlo muy especialmente.

Han pasado diez años y durante ellos hemos visto, muy esperanzados, cómo iba creciendo la semilla de unión y entendimiento que entonces se sembró. Es por ello, que pienso que es útil concluir estas palabras recordando la imagen evangélica del sembrador: parte de su semilla cayó en tierra buena, creció, se desarrolló y dió fruto. Otra parte, sin embargo, cayó entre espinos y, aunque dió fruto, terminó siendo ahogada por los espinos. Jesús termina esa parábola diciendo: "El que tenga oídos para oír que oiga...".

Me atrevo, nuevamente, a pedirles que tengamos oídos y que oigamos y distingamos, otra vez, en este momento de Chile, lo que une y acerca, de lo que enfrenta y aleja. Ruego al Señor, y a Su Madre Santísima, que las semillas de entendimiento y unión que hace diez años se sembraron no sean nunca ahogadas.